

ÍNDICE

CAPÍTULO I.

PLAZAS Y PLAZUELAS

La plaza de Santa Ana	11
Relevo de esculturas	17
El contorno de la plaza	18
La plaza del Ángel	19
La calle Álvarez Gato	19
La calle de la Gorguera y, luego, de Núñez de Arce	20
La plaza de las Cortes	24
La plaza de la Platería Martínez	29
La plaza de Matute o del Matute	32
La plaza de Jesús	34

CAPÍTULO II.

PROTAGONISTA: LA FARÁNDULA

Los escenarios

Corrales de comedias para ayudar a cofradías en su labor sanitaria	37
Corrales de la Pacheca y del Príncipe	38
Teatro del Príncipe y Teatro Español	41
El Corral y el Teatro de la Cruz, después, Teatro de la Comedia	44
El vivir de los comediantes	51
Mentidero de los representantes	52
Devoción: la Virgen del Silencio y la Virgen de la Novena	53

CAPÍTULO III.

TEMPLOS. LA BEATA CLARA	57
Parroquia de San Sebastián	58
Convento de San Ildefonso de las Trinitarias	
Descalzas	62
Convento de María Magdalena o de Jesús	66
El oratorio del Santo Cristo del Olivar	70
Convento e iglesia de San Antonio del Prado	73
Convento de Santa Catalina de Siena	78
Seminario Inglés, luego, iglesia de San Ignacio de	
los Vascos	82
La iglesia de San Ignacio de los Vascos	85
La beata Clara	87

CAPÍTULO IV.

PALACIOS, INSTITUCIONES Y HOGARES LITERARIOS**Los palacios**

Palacio de los duques de Lerma y, luego, de Medinaceli.....	91
Palacio de Teba y Montijo	95
Palacio del duque de Santoña, hoy, Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid	99
De nuevo, la casa-palacio, su actual propietario: la Cámara de Comercio e Industria de Madrid	109

Las instituciones

El Congreso de los Diputados.....	112
El Ateneo Científico y Literario	116
La Real Academia de la Historia, antes Nuevo Rezado	120
Casa con misterio: la de los Alfileres	123

Hogares literarios

La casa de Góngora	124
La última casa de Cervantes.....	125
El adiós de Lope de Vega	129

CAPÍTULO V.

CAFÉS Y OTROS	137
Tertulia y café: dos palabras mágicas	137
Tertulias cafeteriles en el barrio de las Letras	140
El Café del Príncipe.....	140
El Café de Venecia, bolsín de arte escénico.....	142
La Fonda y el Café de San Sebastián.....	142
El Gato Negro	144
El Café del Prado.....	147
Los cafetines flamencos	149
El café, antiguo... pero menos.....	149
La tonadilla escénica	151
El parador del Agujero	154

CAPÍTULO VI.**CUPIDO EN EL BARRIO DE LAS LETRAS**

Amores y amoríos	155
El monarca.....	155
El poeta.....	158
El capitán.....	160
La tragicomedia del Madrid de Felipe IV	166

CAPÍTULO I

PLAZAS Y PLAZUELAS

LA PLAZA DE SANTA ANA

Esta plazoleta, ágora del insólito barrio, es una de las aurículas del corazón de la villa y a la que los habitantes simplemente llaman Santa Ana.

Plaza de coronas de laurel –incluidas en el Teatro Español– es sitio para que se sienten los hombres de talento. Piscina de cerveza, allí donde se estacionan los hombres silenciosos y a los que se les fue la mujer, y los rudos gamberros que saben beber sin morir. Por allí acuden, de cuando en cuando, las sombras de los hombres del Siglo de Oro y la de los románticos: el más concurrente de ellos, tal vez sea Cadalso, el de *Noches lúgubres*, que tenía guardada a su amada rubia y, cuando se le murió, la enterró en la parroquia de San Sebastián y no paró hasta que la hubo desenterrado para volverla a ver.

Llena de cogollos de conventos que fueron abatidos, le queda algo de claustro y sus árboles conservan sosiego de jardín de monjas. Se pueden encontrar en sus librerías los libros más serios que figuran en los catálogos.

En la época medieval la zona fue arrabal extramuros de la villa y entre sus primeros vecinos se contaron los gitanos, arribados a Madrid por aquel entonces, que eran muy devotos a santa Ana, cuya imagen se veneraba en una hornacina situada en la cabecera de la calle del Prado, en terrenos de la ilustre familia de los Herrera. Esta devoción mariana se celebraba con fiestas muy sonadas desde finales de la Edad

Media y hasta tenía una romería y se corrían toros. La imagen fue trasladada a la desaparecida iglesia de Santa María, en el arranque de la calle Mayor, hasta donde acudían los calés para hacerle sus bailes característicos.

Las primeras construcciones del barrio se realizaron en las proximidades de la calle de la Cruz y la carrera de San Jerónimo, durante el reinado de los Reyes Católicos; recordemos al efecto que el poeta y mayordomo de la reina Isabel, Álvarez Gato, poseyó casas en el callejón que hoy lleva su nombre.

Cuando en 1810, aquellos terrenos adquieren oficialmente designación de plaza, es por iniciativa del monarca José I, lo que hace, una vez más, acertado su sobrenombre de rey plazuelas, dado popularmente. Conserva la denominación de la abuela de Jesucristo, primera de las dos únicas patronas que ha tenido la villa; más tarde la plaza pasó a denominarse: del Príncipe Alfonso, por el hijo y heredero de Isabel II; y en los años de la Gloriosa recibió el nombre de Almirante Topete; para, con la Restauración, recuperar la denominación primitiva.

Religiosos marcan su impronta: Juan de Yepes tiene a la sazón 44 años, hace cuatro que perdió a madre Teresa y tan solo le quedan cinco de su enfermiza existencia. La cita es Madrid para realizar el proyecto teresiano de fundar en este rincón un convento para sus hermanas carmelitas, proyecto que antes originó varias visitas de la santa a la villa. A la fundación solo faltaba inaugurarla, pero el misterioso destino había puesto antes, en Alba de Tormes, el final de la inquieta andariega. Como diría el frailecito de Fontiveros:

Quedeme, y olvideme,
el rostro recliné sobre el Amado:
cesó todo, y déjeme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas, olvidado.

San Juan de la Cruz partió de Córdoba para Madrid con el fin de asistir a la Junta de Definidores de la Orden que de-

bía celebrarse en la villa el 13 de agosto de 1568, pero hubo de detenerse en Toledo por enfermedad y, aunque se le designó un sustituto por si se agrava su dolencia, llegó a la villa el día 16, acordando los junteros editar las obras de santa Teresa. Seguidamente acudió a recibir a las monjitas encargadas de constituir el claustro de la nueva fundación carmelita. Vinieron de Ocaña; por priora, la madre de Ana de Jesús; Beatriz de Jesús, parienta de la santa; Ana Jesús de Toledo, como subpriora y maestra de novicias; y María de Jesús, y, desde Malagón, Inés de Agustín y otra religiosa. Sucedió que viajando en carro, a un cuarto de legua de la corte, en plena noche, una gran luz cercó el vehículo de las monjas.

—¿Qué es esto? Preguntó la madre Ana de Jesús a los arrieros.

—Madre nuestra, las lámparas del rey deben de ser.

Y decían bien; aunque no eran del de la tierra: eran las del cielo como pronóstico del resplandor de santidad que habían de dar las religiosas en el nuevo convento. Llevaban, contados cuartos y algunas alhajas. El padre Juan les compró algunas cosas de que tenían necesidad.

La permanencia del santo en Granada, desde 1582 hasta junio de 1588, es un periodo fecundo no solo para su actividad apostólica, dirigida especialmente a la dirección espiritual de la comunidad de las descalzas, sino porque fue entonces allí, donde escribe sus admirables tratados sobre mística:

Subida del monte Carmelo:

¡Oh noche que guiaste
oh noche amable más que alborada;
Amado con amada
y amada en el Amado transformada!

Noche oscura:

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Cántico espiritual:

Pastores los que fuéredes
 allá por las majadas, al otero,
 si por aventura viéredes
 Aquel que yo más quiero,
 decidle que adolezco, peno y muero.

Y, Llama de amor viva:

¡Oh llama de amor viva,
 que tiernamente hieres
 de mi alma en el más profundo centro.
 Pues ya no eres esquiva,
 acaba si quieres,
 rompe la tela de ese dulce encuentro!

Y es que el retiro que gozaba en los Mártires en determinadas horas del día y de la noche, se prestaba, ante las soberbias perspectivas que tenía delante, a escribir maravillosamente del amor de Dios en las criaturas y del modo como estas deben responder.

Otro espíritu tan diferente como el de Ramón Jiménez coincidió en lo fundamental al ver, a comienzos del siglo xx, un remanso de intimidad en esta plaza, muy acorde con su primitivo destino.

Dice Ramón:

La plaza de Santa Ana era siempre la plaza intimista, la plaza-jardín de casas y teatros, el recóndito fuertecillo de convento, aún atropellado por todas sus influencias.

Pasar por la plaza de Santa Ana era entrar en un remanso y perderse en un pequeño laberinto de caminos y árboles.

Plaza para recapacitar entre el zancajear por las calles, cuando no había otro respiro de jardín tan próximo a la Puerta del Sol; era un verdadero cercado recoleto [...].

Sólo más tarde, cuando conocí la historia de la plaza, me di cuenta de lo que allí se había quedado. La plaza de Santa Ana tiene la claridad central del patio y solar del convento que es, esa cruz y raya hecha al mundo de alrededor que sólo he visto imperar en los patios de los conventos.